

Vigilancia (anticipada), intimidación expuesta y globalización

Un recorrido teórico y crítico para entender a la sociedad de vigilancia actual como una práctica de dominación en un mundo globalizado

JUAN MANUEL FERNÁNDEZ CHICO*

Introducción

Este trabajo es un esfuerzo reflexivo por relacionar diferentes fenómenos que en momentos parecen estar desarticulados, pero que en las dinámicas de la globalización y de las estrategias de seguridad mundial cobran sentido.

Por un lado, los impactos de las tecnologías de información y comunicación, principalmente aquellas que se apoyan en la Internet, como la creación de un contexto digitalizado en donde los sujetos son empujados a adoptar vidas homogéneas y uniformes, dependientes de las tecnologías informáticas, convertidos, por un lado, en apéndices de las máquinas, y, por otro, en esclavos. Esta segunda visión retomada como una postura de exhibición de la vida privada de los sujetos como resultado de una naturalización provocada principalmente por las lógicas de mercado. Esta dependencia tecnológica, en donde el yo de los sujetos es el elemento básico, genera un mundo digital en donde encontramos más sujetos construyendo sus significados a partir del mundo digital.

Finalmente, la presentación de procesos de integración comercial que han generados enormes ejércitos de pobres que, de acuerdo a la lógica de los países desarrollados, se convierten en las amenazas permanentes: los inmigrantes ilegales que escapan de sus países que anteriormente fueron colonias europeas, los terroristas que se inmolan como protesta a las prácticas de dominación, y los pobres que explotan contra las clases favorecidas en expresiones de violencia. Todo esto modificando una estrategia de seguridad en donde el Estado-nación como enemigo palpable es dejado atrás por el sujeto anónimo.

El eje que atraviesa estos puntos tan variados a simple vista son las nuevas estrategias de vigilancia que se basan en la anticipación: es decir, aquellas prácticas que buscan anticiparse a los delitos antes de que estos ocurran. Las tecnologías de información y comunicación son los medios que permiten dicho ejercicio; la inmersión de los sujetos en el mundo digital permite la generación de información privada, convertida en la materia básica con la que se trabaja; el mundo marginado es el detonador de ese enemigo impalpable que se intenta anticipar.

La globalización de las tecnologías de información y comunicación y sus impactos

Las tecnologías de información encontraron su momento detonante durante el siglo XX, pero es en el XXI donde tocaron la cúspide. La información comenzó a moverse más rápido y a distancias más largas. Cada vez era más fácil saber más en menos tiempo. El

* Maestro en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara. México.
jmfernandezchico@gmail.com

sueño de la aldea global pensada por Marshall McLuhan comenzó a ser una realidad. Su aforismo de aparatos tecnológicos sustituyendo las partes de nuestro cuerpo para extender su rapidez y omnipresencia, se convierten en hechos palpables en la actualidad. La Internet es un largo viaje corporal/sensorial por el mundo, y entre más rápido se fuera, mejor. La vieja imprenta fue sustituida por una que se accionaba sin la necesidad de la mano humana, llegando a ser operada a la distancia o incluso por máquinas.

Pero la tecnología no sólo acortaba los espacios y aceleraba la velocidad, también comenzó a prescindir del humano (o, en su efecto, el humano a no poder prescindir de las “máquinas”), tanto en lo laboral como en lo perceptivo. Karl Marx ya había advertido que el hombre se convertiría en el apéndice de la máquina. Richard Sennett denuncia cómo el trabajo de producción en masa corrompe el carácter de los hombres cuando se alejaba del concepto de manual-artesanal, provocado por una nula relación entre el trabajador y el producto terminado (Sennett, 2004). Sennett nos aproxima a la reflexión de que el trabajo cuerpo a cuerpo, en donde el sujeto se encontraba con el proceso y el producto que debía crear, es decir, la visión tradicionalista/artesanal es rebasada por el trabajo de producción en masa.

Este contacto lejano entre el trabajador y su trabajo no es algo que incumbe exclusivamente al sector laboral, sino que se extiende hasta otras latitudes. La visión marxista del trabajador como un apéndice de la máquina es la misma para la dependencia tecnológica diaria (y para fines de este trabajo, la tecnología informática).

La publicidad, como menciona Marc Augé, condiciona al sujeto a elegir entre una amalgama exclusiva de cuerpos prefabricados. Esto lo llama “la dictadura del cuerpo” (Augé, 2004: 66), en donde los sujetos se ven alejados de la construcción propia de su corporalidad para adentrarse en las dinámicas del mercado que les exigen pesos, medidas, colores y tamaños específicos. Nuestro cuerpo, sintonizado por la televisión, es una pantalla más que se extiende desde el corazón de los medios que manipulan las imágenes del mundo (Baudrillard, 2001: 10).

Pero estas imágenes del mundo, dice Augé, venden dos panoramas: los cuerpos que buscan la vida eterna por medio de costosos tratamientos u operaciones, y los que buscan sobrevivir, haciéndose de estrategias que les garanticen el alimento mínimo para mantenerse con vida (Augé, 2004: 69). Similar a la visión del sociólogo francés Gilles Lipovetsky, el cuerpo, durante el capitalismo actual, es sometido a constantes esfuerzos para homolgarlo, volverlo uniforme ante los estándares de consumo y producción (Lipovetsky, 2006: 50).

Por un lado, la visión de un cuerpo que pierde sus propiedades físicas (o, en todo caso, las intercambia por las opciones que ofrece el mercado), y, por otro, el de un cuerpo dependiente y enajenado a las tecnologías que es convertido en un utensilio indefenso.

Slavoj Žižek, en *Amor sin piedad*, escribe que llegamos a esa casi total descorporalización comenzada con la escritura sustituyendo a la voz, continuada con la imprenta, los nuevos medios, la radio y la televisión, hasta los digitales actuales. Para Žižek, el *ciberespacio* representa el ideal de los medios de información del siglo XXI, un tipo de materialismo espiritual que acaba con lo táctil de la información (Žižek, 2004a: 20). Muy similar a lo que describe Sennett, Žižek argumenta que la sociedad de información va prescindiendo de lo manual para concentrarse en algo meramente abstracto: información. Pues en ese afán de proteger el cuerpo descorporalizado, la información es la clave.

Aquí una explicación de Zygmunt Bauman:

Al mismo tiempo, ese exceso de información “objetivamente disponible” acerca de la capacidad de la mente para absorber y reciclar vuelve transformada en un exceso permanente de opciones de vida, contenidas en el número de reencarnaciones probadas en la práctica y disponibles para su escrutinio y evaluación. (Bauman, 2007: 74).

La información, como menciona Trejo Delarbre, encuentra su punto más alto comparado con otros momentos históricos en la era de la digitalización. La aldea global parte de este proceso (es decir, información codificada que es transportada y almacenada de manera más rápida), centrada en su sistema nervioso llamado la Internet, creando situaciones diferentes a las establecidas en el tiempo de la imprenta (Trejo, 2006). Marshall McLuhan veía en ésta el punto álgido de la era alfabética, la cual estableció estándares de forma y distribución de la información que hasta el momento son utilizados (Sempere, 2008). Fue la imprenta la que estableció a la información como un producto transportable, la que buscaba la homogeneización de la cultura y la distribución e industrialización del arte y la vida. McLuhan veía en las sociedades primitivas grupos humanos regidos por el sonido (lo acústico representaba la comunicación esencial entre las tribus), pero esto fue abandonado al momento de adquirir el alfabeto, el cual convirtió el proyecto civilizatorio en visual.

Este mundo visual halló su punto más importante en la imprenta, pero McLuhan ve en la entrada del telégrafo el fin de ese viejo proyecto comunicativo, y la llegada de una nueva era: la electrónica. La televisión presentaba

la información de una forma completamente nueva y la Internet sería su máximo exponente. Lo único que se necesitaba era alguien que emitiera una señal, un montón de aparatos electrónicos dentro de cada casa y un satélite mediador que permitiera distribuir información sin ninguna restricción terrenal.

El historiador Roger Chartier escribe que la forma tradicional en la que nos relacionábamos a través de lo escrito, está sufriendo una transformación tan profunda que incluso afecta sus dimensiones morfológicas y culturales (Chartier, 2009). Las innovaciones tecnológicas han evolucionado la manera en la que la información es presentada. Todos nacimos, dice Chartier, con el formato que Gutenberg instauró con la imprenta: el libro (Chartier, 2009: 67), lo que seguramente las siguientes generaciones verán como un pieza de museo que hace alusión al antepasado inmediato de lo que ellos leerán en el monitor.

Antonio Lucas Marín describe cómo la sociedad tradicional fue sustituida por una sociedad industrial, la cual se caracterizó por el aumento de la actividad extractiva y una mayor especialización profesional. Pero, dice Lucas Marín, la llegada de una nueva sociedad completamente informativa es inevitable, la cual se suma como una *Tercera Revolución Industrial*, adhiriéndose a las anteriores que representaron momentos destacados en las implementaciones de la ciencia en el desarrollo tecnológico (Lucas, 2000). Esta nueva revolución se caracterizará por el uso de la Internet como un espacio genérico de información e intercambio.

Por otro lado, Delia Covi Druetta destaca que el arribo de esta nueva sociedad fue el paso de un sistema de producción *fordista* (línea de ensamblaje), por uno *postfordista* (conectada en red e inclinada al intercambio rápido de información) (Covi Druetta, 2005: 206). Para esta autora, la adopción de un modelo comunicacional permite un cambio paradigmático en la sociedad moderna, argumentando que ahora la riqueza consistirá en cuánta información se sea capaz de distribuir y almacenar (Covi Druetta, 2005: 201). Hay voces contrarias a este argumento, como el mismo Sennett, quien ve con poco optimismo esta transformación del trabajo al observar que incide directamente en las prácticas cotidianas de las personas de una manera negativa. En el mismo tono que Covi Druetta, Norbert Bilbeny argumenta que este cambio sumamente profundo está provocando sujetos *resignados* a ser lo que se les pide, que venden su fuerza de trabajo y se convierten en máquinas de producción (Bilbeny, 2005). Al estar sumidos en un mundo digitalizado, en donde los cuerpos caen en cajones de uniformidad y la información es vertida desde una misma fuente, el trabajo profesionalizado ya no es necesario, y, por lo

tanto, el esfuerzo de varios siglos desde las palabras de Marx se vuelven casi un hecho al convertir al humano en la apéndice de la máquina.

La exposición en la red: el exceso informativo y la ambivalencia del yo

Cuando Michel Foucault llamó al siglo XX el siglo de Deleuze, condenó y salvó el futuro. Por un lado, porque Deleuze describía una sociedad enajenada desde sus partes más pequeñas que reproducían el sistema en el que estaban inmersos. Por otro, permitió conocer con mucha anterioridad en lo que se convertiría el mundo digital, dándonos tiempo y herramientas para reflexionarlo. En otras palabras, alguien ya sabía lo que pasaría, el problema era que ese futuro que Deleuze vislumbró casi proféticamente no era alentador.

En su momento, las tecnologías y prácticas que se venían gestando durante la vida de Deleuze no estaban ni cerca de ser lo que son ahora. Deleuze entendió que las sociedades se estaban arrojando hacia una excesiva producción y consumo, apoyados en un capitalismo fortalecido por sus pequeñas pero consideradas victorias con otros sistemas de producción (Sibilia, 2008: 21). Deleuze recurría a una pregunta que se hacía Spinoza: ¿por qué los seres humanos buscan la servidumbre como si eso fuera a salvarles? Para Deleuze, esto que llegaba con una fuerza arrebatadora no es otra gran dictadura militar o política, sino un deseo incesante por abrazar el poder que nos esclaviza (Roudinesco, 2007: 142). Las nuevas tecnologías de información, con la flecha lanzada por Deleuze, han alcanzado un punto límite, anuncian el fin y la llegada de algo que aún no podemos decir con toda certeza qué será. La producción informativa crece tan rápido y en tantas direcciones que es imposible saber para dónde iremos en los próximos años.

Paula Sibilia escribe que hay un corte en la historia, donde se abandona un proyecto social y cultural por algo completamente nuevo (Sibilia, 2008). Esta sensación de extrañeza que abraza a los individuos de estas sociedades abarrotadas de información provoca, como describe Sibilia, un empuje inexplicable de recurrir a la Internet como un espacio de intimidad pública. Los usuarios, dice, le ven como un espacio confesional en donde exponen su privacidad a sabiendas del impacto público que este pueda llegar a tener (Sibilia, 2008). Un efecto de *intimidad expuesta* que se entiende en el crecimiento exponencial de páginas de red social como *Facebook*, *MySpace*, *YouTube* y *Twitter*, las cuales le permiten a sus miembros contar con un espacio personal en donde pueden subir información privada.

En el mismo tenor, Gabriel Zaid escribe que se ha con-

vertido en una práctica más frecuente el ser una figura pública a costa de lo que sea, lo que la Internet es especialista, aunque, finalmente, esta espectacularidad es una forma más complicada de aterrizar en lo anónimo (Zaid, 2009). Paula Sibilia aborda este fenómeno con un término gráfico: el *autor-narrador-personaje*. Esta figura literaria cuenta con los tres elementos necesarios para una historia: el autor, quien la escribe; el narrador, quien la cuenta; y el personaje, quien la vive. Para Sibilia, lo importante de esta triada es que todos son la misma persona, la cual muestra su vida como una pieza artística que tiene el mismo valor que cualquier otra obra literaria.

Durante el momento detonante de la imprenta, nunca había suficientes libros. El mundo seguía creciendo y la información, todavía limitada en cuanto producción y distribución, se movía lentamente pero segura. Los libros se podían quemar o perder, pero llegaban. Las ideas, lo suficientemente dinámicas durante el siglo XVII y XVIII en Europa, no podían resistir los límites geográficos. Hoy muchas partes del mundo (principalmente los países desarrollados y emergentes, así como ciudades convertidas en centro neurálgicos del comercio) ya no sufren de esa misma carencia. Cada segundo en la Internet se vacía tanta información como para llenar toda la vida de un ser humano. Raúl Trejo Delarbre escribe que nunca antes, en la historia de la humanidad, se había dispuesto de tanta información como hoy en día. Por eso relaciona este efecto con la figura del *Aleph*, la primera letra del alfabeto hebreo en donde, según un cuento de Jorge Luis Borges, se encuentra todo lo habitable en el universo codificado en forma de información (Trejo, 2006).

Ya no es suficiente decir que estamos en un mundo de información, el cual representa una idea obsoleta proveniente del siglo XIX, sino en uno con excesiva información, haciendo que cualquier comparación con el pasado suene ridícula (Trejo, 2006). Si el mundo de Gutenberg nunca tuvo suficientes libros, ahora, bajo la voz de uno de los precursores académicos del mundo virtual, Nicholas Negroponte, tenemos bits de información en exceso que circulan y se almacenan rápidamente al no ocupar masa en el espacio.

Ignacio Ramonet dice que en los últimos treinta años se ha producido más información que durante los cinco mil anteriores, según cita Zygmunt Bauman en *Vida de consumo* (Bauman, 2007). Tanta información circulando, continúa Bauman, vuelve imposible su asimilación. En un artículo publicado por Francisco Inclán, titulado de manera sugerente *Éste es otro artículo sobre saturación informativa*, llama a los usuarios de las nuevas tecnologías de información *sado-víctimas*, al aceptar el exceso informativo de manera pasiva, y, a la vez, estar en medio del

torbellino aportando bits de información ellos mismos (Inclán, 2008: 112).

El espacio virtual se ve, entonces, como una gran bodega de información que es mucho más segura que cualquier objeto material, pero tan grande que, una vez ahí, se perdería en un océano inmenso y tan intempestivo que cualquier esfuerzo por poner orden acabaría siendo una tarea imposible.

Pero este efecto excesivo se encuentra junto con otro similar: la ambivalencia de la identidad de los usuarios en donde el yo puede tomar cualquier tonalidad. El efecto de la distancia y el exceso se suman para permitir que el usuario mienta cuando le sea necesario y posible.

Existe un lado mucho menos pesimista, pues Siva Vaidhyanathan, por ejemplo, cree que de alguna manera la Internet sigue conservando el sentido de anonimato de los usuarios, a veces como simple regla de las plataformas o mintiendo en las descripciones personales (Vaidhyanathan, 2008). Otros ven afectada su vida gracias a acontecimientos en la Internet, pero hay quienes escapan sanos y salvos al no tomarse su identidad tan en serio.

La revista *Quo* dedicó un reportaje a las compañías que supervisan la veracidad de los perfiles de ciertas personas, principalmente bajo pedido de compañías que buscan saber *más* de sus empleados (Quo, 2008), y encontró que el 20% de los responsables en Recursos Humanos recurren a páginas personales en plataformas públicas para evaluar a los candidatos a algún puesto. Lo que nos dice que existe, por lo menos en el mundo empresarial, una visión formalista de la Internet, al sentirse como un espacio de confianza para, por ejemplo, contratar a alguien.

Slavoj Žižek se suma a los que creen que la Internet no puede tener veracidad por la cantidad tan grande de falsas identidades. Argumenta que por esa misma razón la Internet no podrá ser una fuerza de unidad, pues el cara a cara mediado por el monitor facilita que alguno mientan, acabando con la reciprocidad esperada (Žižek, 2004b). La figura con la que se identifica a estas falsas identidades es el término *hoax*, el cual abarca desde noticias falsas, hasta personas totalmente ficticias pero que hacen pasar como reales.

Aunque Paula Sibilia nos dice que muchas de las cosas que leemos en la Internet son reales, sumado a lo que propone Vaidhyanathan, los usuarios ven en la Internet la oportunidad de ampliar su red social y darse a conocer al mundo de manera sencilla. Sibilia profundiza en los espacios virtuales que sirven como ejercicio de escritura, los cuales tienen la característica de narrar acciones

y eventos verídicos (Sibilia, 2008). La identidad sólida, incluso en un espacio de tránsito, conserva sus atribuciones más básica. Por eso Ernesto Priego escribe que “Las identidades virtuales se construyen a la distancia, en otro lugar y en otro tiempo” (Priego, 2006: 49). Que aunque estén lejos no dejan de ser identidades. Pero, como dijo Axel Ramírez Morales en una conferencia en El Colegio de Chihuahua, las identidades también se negocian, como si fueran un *performance*.

Pero hay que entender que los seudónimos y los documentos anónimos han circulado a lo largo de la historia de la literatura y los medios como parte de una despreocupación intelectual de los autores, escribe Gabriel Zaid, y que la figura del autor como productor de libros es un fenómeno mucho más reciente (Zaid, 2009). El texto se desprende del autor como si no le perteneciera, por eso escribe Maurice Blanchot que a veces lo que se escribe “[...] aunque sea bajo un nombre, sigue careciendo esencialmente de nombre” (Blanchot, 2005: 265). La Internet sólo pone tierra firme sobre este anonimato del usuario. Tal vez Zaid tiene razón, y la figura desconocida de quien se encuentra en la Internet es sólo un acto de indiferencia de quien lo crea. No hay nada oculto, ningún trasfondo que muestre una realidad mucho más compleja y oscura.

Pero Slavoj Žižek tiene una versión diferente que puede sonar aterradora. Dice que con el simple hecho de que la Red me permita navegar de manera anónima, desprendido de lo que soy en el mundo real, quita los obstáculos que restringen cualquier acción injustificada y totalmente arbitraria y violenta, provocando que el espacio abierto y libre de la Internet se convierta en un productor incesante de sujetos obligados a gozar de ella. Y el punto propuesto por Žižek tiene una importante validez, pues conjugado con el efecto del exceso informativo, fingir que no soy realmente lo que estoy representado en el mundo virtual, se vuelve una práctica cotidiana.

Sibilia lo ejemplifica de manera precisa:

Una consideración habitual, cuando se examinan estas raras costumbres nuevas, es que los sujetos involucrados “mienten” al narrar sus vidas en la Web. Aprovechando ventajas como la posibilidad del anonimato y la facilidad de recursos que ofrecen los nuevos medios interactivos, los habitantes de estos espacios montan espectáculos de sí mismos para exhibir una intimidad inventada (Sibilia, 2008: 36)

Lo preocupante debería ser cuando el exceso informativo genera un falso efecto de ambivalencia y lo que vemos en el mundo virtual es real aunque no lo creamos así. Si existe tanta información, y mucha de esta es falsa, ¿cómo

saber que lo que vemos es verdadero? Para representar este efecto podemos recurrir a la figura de la Torre de Babel, la cual tiene un valor bíblico importante en cuanto a la ambición del hombre por alcanzar y conocer la grandeza de Dios a través de la construcción de una enorme torre. Dios, molesto ante la necedad del hombre por igualarle, derrumbó la torre y diversificó el lenguaje para que nadie pudiera comunicarse entre sí. El efecto Babel en la Internet juega una combinación bastante especial. La Internet es incapaz, al final, de alcanzar su objetivo y sólo puede construir lenguajes plurales que hacen creer la sensación de que hemos llegado. Es decir, la respuesta del Dios celoso que derrumba la torre. Cuando se encuentra en lo más alto, y se cree que por fin alcanzará ese sueño total, cae en una realidad imposible de eludir.

Esta relación entre la metáfora bíblica y la Internet es mostrada por Reg Whitaker, en *El fin de la privacidad*, quien dice que la Internet funciona como una torre de Babel en donde se habla un solo lenguaje y se pretende alcanzar lo más alto del cielo (el cual representa por excelencia el lugar del conocimiento) (Whitaker, 1999).

Puede haber avances en la forma de las nuevas tecnologías: mejorar la comunicación, aumentar la cantidad de sistemas informáticos, extender el cableado, lanzar satélites al espacio, etc., pero el mundo real sigue siendo una esfera polifórmica inaprensible. La torre de Babel cae porque la Internet tiene mucho por decir y cualquier intento por ordenarle termina en un objeto preciso: su derribo. Cegados por la obsesión de alcanzarle, en donde cada rincón del mundo, cada país, computadora y persona, por fin tengan un canal directo de comunicación, sólo es un presagio de su derrota.

Desde la violencia de la marginación, a las tecnologías de información. Pistas para entender la vigilancia anticipada

Para pensadores como Peter Singer, el mayor descuido de las naciones más ricas y poderosas bélicamente es el no ver al mundo desde un enfoque global ético (Singer, 2003), no asumir la responsabilidad que les correspondía ante las acciones que habían emprendido en contra del planeta y los países menos favorecidos. A lo largo del tiempo, se empeñaron en explotar y desquiciar a la naturaleza y los países pobres buscando el mayor beneficio propio. Desde muchos siglos antes, estas naciones comenzaron a dividirse el mundo como un gran pastel, marginando a pequeños grupos que luego serían los grandes condenados de la historia. Por eso escribe Frantz Fanon que todo acto de colonialismo es un acto de violencia absoluta, sumiendo a los colonizados, víctimas de un sistema de opresión y conquista, en productores de violencia destructiva (Fanon, 1986). Completemos esta parte con una cita de Julia Varela y Fernando Álvarez

Urías en *Sujetos frágiles*, donde escriben:

El liberalismo reinante, la teologización del mercado, amenazan con provocar un irreparable vacío social. Desde la lógica del libre comercio, el capital reclama beneficios, y puesto que sin beneficios no hay inversión, ni por tanto creación de nuevos puestos de trabajo, la crisis económica generada por la propia lógica del capital se convierte en un permanente chantaje en manos de los capitalistas que hacen de la pobreza social un permanente rehén. (Varela, 1989: 162)

El término *rehén* engancha y demuestra perfectamente la situación actual. Los pobres, cada vez más pobres, son secuestrados en un vacío que no les permite movilidad. La globalización se muestra como un monstruo terrible que si no mata, envenena, causando una muerte lenta y dolorosa a todos los que histórica y estructuralmente están lejos de obtener algún beneficio de un mundo cada vez más conectado.

La violencia se propaga, dice Mariano Aguirre, gracias a la hambruna, a enfermedades que cobran vidas a pesar de ser curables, la destrucción ambiental y la migración (Aguirre, 1995). La globalización, como un proceso de integración mundial que no parece detenerse en ningún instante, aumenta su factura de desastres. Las economías se integran, pero eso no incluye muchas veces a las personas. Las empresas son libres de entrar y salir de los países, pero un migrante subsahariano ilegal en Europa es un criminal, de igual manera un centroamericano en Estados Unidos.

A lo largo de muchos siglos, la desigualdad formó parte del proyecto Occidental de expansión y conquista, hoy, con la herramienta de la globalización, el aumento de la conexión internacional gracias a las tecnologías de información y la tácita aceptación del capitalismo como sistema de producción hegemónico, la conquista no parece detenerse. Mohamed Bensalah se da cuenta que este nuevo colonialismo, que conserva los elementos esenciales del primero, busca construir una imagen benéfica del colonialismo y de destacar sus ventajas (Bensalah, 2006), así como continuar con su expansión recubriéndolo con un velo de bellas imágenes para que en la visión pública todo parezca ir en buen camino.

En un trabajo sobre los discursos de la migración en España, Teun A. van Dijk y Ricard Zapata-Barrero destacan cómo los medios, a través de la construcción de discursos políticos, construyen mensajes racistas al enfocar la atención en el migrante como un pasivo que se intrumete en la realidad de un país (Zapata y Van Dijk, 2007). A esto, autores como Boaventura de Sousa Santos han destacado

que esta actitud colonialista, permeada por el capitalismo y las respuestas clásicas desde la economía, han convertido al *otro* (aún latente), en objeto, sustrayéndole la esencia de sujeto (De Sousa Santos, 2005). Se le ve como un obrero o como un criminal. Si entra en la lógica de consumo, entonces es una cantidad variable de dinero, una cifra, un precio de demanda y oferta. Se les restringe o abre el paso de acuerdo al papel que desempeña en los diferentes roles del capitalismo. Si no es objeto, es un número, pero jamás un humano.

Como menciona Duby, el extranjero, ahora con la forma del migrante que viola la frontera, sigue generando el mismo pavor que el forastero que buscaba introducirse a la civilización para descarriarla (Duby, 1995). Por eso Zygmunt Bauman, a través de Robert Castel, les llama la *clase peligrosa*. Por un lado, matizada como clase por enfrentarse directamente ante la marginación, y, peligrosa, por las múltiples consecuencias que trae el tenerla cerca: desde enfermedades y violencia, hasta la cárcel en caso de contratarle siendo migrante ilegal.

Frantz Fanon intenta encontrar un motivo y objetivo de su movilidad, diciendo que estos hombres y mujeres se van empujados a los suburbios y zonas periféricas en donde sobreviven lejanos como consecuencia de lo que representan (Fanon, 1986). Adoptan la forma de un fantasma urbano que desaparece durante el día y surge con la noche. Escribe Javier Roiz en *El gen democrático* que el mundo actual, presumiblemente democrático y liberal, se forma por medio de excluir y marginalizar (Roiz, 1996). Construye su realidad a través de crear senos en donde la vida circula con pesadez, en donde la pobreza genera más pobreza y la violencia se estaciona con mayor destrucción. Observan, desde cárceles abiertas, cómo el mundo camina sin ellos. No son necesarios; de hecho, para la lógica capitalista, no deberían existir. Pero existen, y no como una decisión contestataria al sistema, sino como consecuencia de él mismo.

Tzvetan Todorov dice que al no ser ciudadanos no pudieron construir los proyectos de nación (Todorov, 2003), y al estar fuera de la nación, no contaban en las decisiones que emanaran de ella y para ella. Se encuentran, como escribe Zygmunt Bauman, por debajo de la línea de la pobreza, no consumen ni producen, y si producen, son *consumidores fallidos*, resultado más de la caridad que de la compra (Bauman, 2007). Están ahí, pero el sistema capitalista, y quienes ornan con orgullo su nombre, no sabe para qué.

En países como Zambia, por ejemplo, la pobreza alcanza el 80% de la población total, de acuerdo al Índice de Desarrollo Humano (IDH). Este mismo índice indica que

los quince países más pobres del mundo oscilan en porcentajes arriba del 60% de la población total. De acuerdo a la Organización de las Naciones Unidas, hay más de 900 millones de personas sumidas en la pobreza, siendo una tercera parte indígenas. Según el Informe sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio (consultado en la página de Internet del Sistema de las Naciones Unidas sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio), como parte de la ONU, nunca en la historia de la humanidad había vivido tanta gente en la hambruna extrema a comparación con otros momentos históricos.

Si la tesis de Fanon es vigente, esta ola humana de pobres y hambrientos sólo puede detonar en una manifestación simple: la violencia. Mariano Aguirre, como un profeta temeroso, titula su libro *Los días del futuro*, seguro que será ahí cuando explote todo esto que se ha gestado en el presente (Aguirre, 1995). El filósofo francés Jean-Paul Sartre, en el prólogo al libro de Fanon, nos invita a su lectura para ser testigo de que en la impotencia, surge la locura homicida (Fanon, 1986). Pero a más violencia, las naciones que tienen el poder bélico más importante del mundo, se cierran. Hannah Arendt, en su libro *Sobre la violencia*, nos dice que el poder y la violencia son términos contrarios: cuando el poder se desploma, sólo queda la violencia pura (Arendt, 1970). Entre más poder se pierda, más violencia surgirá.

Después del once de septiembre de 2001, el presidente en turno de los Estados Unidos, George W. Bush, se lanzó sin mucho preámbulo a una guerra contra el terror. Las palabras del entonces presidente fueron decisivas y no pretendían dar alternativa: o están con nosotros o en contra. Esta postura, escribe Benjamin Barber, destacada desde Theodor Roosevelt, es la política exterior del “Llanero solitario”, la cual caracterizó a Estados Unidos a lo largo de la época imperial de finales del siglo XIX (Barber, 2004). La cabalgata solitaria de un país que, a costa de todo, decide actuar a favor de la libertad, no parecía tener un final feliz. Desde la enseñanza de Vietnam, todos las naciones sabían que solos, cualquier intento sería imposible. Y lo sabían porque los enemigos a los que se enfrentan no son las grandes naciones de antes, sino grupos invisibles, células que se mueven discretamente entre los medios y el anonimato.

El terrorista y el narcotraficante son los nuevos grandes rivales de la paz internacional, y, a la vez, las salidas más comunes para los pobres y marginados. Seres anónimos que se integran a grupos anónimos. El terroristas, la figura mediática más popular en esta guerra declarada, no existe para el corazón de los países desarrollados más que en imágenes televisivas. Se le odia, pero no se le conoce. Tzvetan Todorov cree que Estados Unidos inició la gue-

rra contra Irak al identificarlo como un enemigo tangible, a diferencia del terrorismo, el cual es escurridizo y amorfo (Todorov, 2008). Pero también porque el mundo marginado que se venía gestando desde tiempo atrás, no era un rival digno de la supremacía bélica de los países ricos.

La administración de Obama en Estados Unidos ha intentado contrarrestar la figura unilateral de la administración pasada, pero la herida que se abrió con esta *guerra preventiva* no sanará tan rápido como se pretende. Y es que el término preventivo sólo demuestra la poca visión de seguridad internacional y política exterior: no se puede prevenir la impotencia de los que viven en la marginalización, sólo se les puede combatir. Se les pueden quitar las armas, pero el fuego interno no se apaga tan simple.

Autores como Reg Whitaker detectan históricamente el nacimiento de la vigilancia moderna durante la Guerra Fría, cuando Estados Unidos y la URSS iniciaron una carrera de demostración bélica, de innovación de inteligencia y tecnología y la conquista del espacio. El mundo, hasta principios de los ochentas, se había hecho a la idea de que existían dos hemisferios y que cada uno tenía un representante. La vigilancia era un ejercicio normal. Los espías, las cámaras diminutas, los amplificadores de voz. Pero cuando ya no existe ese enemigo y predominan células terroristas y grupos reconocidos dentro de la ilegalidad, ¿dónde queda la vigilancia? El espía es sustituido por la figura del suicida/homicida. La cámara diminuta fue, entonces, cambiada por la denuncia ciudadana anónima; los circuitos cerrados tuvieron que dejarle su lugar a las agencias de inteligencia que construyen perfiles de criminales y rastrean las huellas de comunicación. La vigilancia durante la Guerra Fría se caracterizó por ser de *tiempo real*. El mismo Reg Whitaker relaciona la vigilancia durante ese tiempo como un perfeccionamiento del panóptico, el cual, popularizado con Foucault, consiste en el efecto de observar sin ser observado (Foucault, 2005).

Pero las reglas ya no son las mismas. Los jugadores tampoco. Las viejas tecnologías de vigilancia y protección son inútiles ante estas nuevas amenazas sin forma, sin un lugar fijo ni un rostro público que los represente.

Recordemos las primeras figuras de *al-Qaeda* después del ataque del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos. El rostro sereno de un hombre sentado en el suelo, cargando un arma de alto impacto, con un manto blanco sobre la cabeza. En el fondo, las montañas, o la arena, o una áspera cueva. Su voz no muestra nerviosismo, aunque sus palabras son fuertes. Acusa a Estados Unidos diciendo que merecen esos ataques (a las torres del World Trade Center en Nueva York). Invoca a *Allah* y hace constantes referencias al Islam y al Corán. Ensalza

la voluntad y el coraje de su pueblo. Todo como un síntoma de un mundo sin sentido. Esto provocó lo que el sociólogo alemán Ulrich Beck, en *Sobre el terrorismo y la guerra*, fue causado por los ataques terroristas globales actuales: la reivindicación de un proyecto globalizador en donde los Estados se unen con el fin de resolver un mismo problema.

Este autor agrega que el terrorismo puso en jaque la modalidad tradicional del ataque al enemigo. Si hacemos un recorrido por los primeros textos en la época de la conformación de los Estados modernos, encontraremos que estos surgían como reguladores de la paz internacional y la conservación de la libertad interna. Evocaban la voz del pueblo que gritaba “¡Viva la nación!”, y cuando esto sucede, dice Todorov, las naciones se enfrentaban entre sí, no por el capricho del reinado, sino por una necesidad proteccionista o expansionista (Todorov, 2003).

Hoy las cosas no siguen el mismo tono. Por eso para Ulrich Beck el terrorismo es como si otro planeta atacara la tierra. Así como los viejos Estados se protegían de otros, en la globalización el planeta se protege de su *Marte interno* (Beck, 2002). Consiste en dejar la seguridad nacional en pos de la seguridad global. Pero para que esto suceda, Beck escribe que debe existir una visión global y comunitaria entre los países (Beck, 2005). La globalización y los retos de seguridad y vigilancia que esta trae deben centrar el esfuerzo de los países en compartir sus riesgos, reconociendo que la paz externa es la paz interna (Beck, 2002).

El terrorismo global, continúa, abre la posibilidad de cooperación internacional (Beck, 2002), pero bajo este optimismo deslumbrante de Beck se asoma una postura sospechosa. Sabe que la cooperación entre Estados para concretizar acciones comunes puede generar dos tipos de Estados: *Estados vigilantes*, es decir, países que dan prioridad a las operaciones bélicas (como muestra de lo que son capaces si se juega fuera de sus reglas), y, en su contraparte, *Estados abiertos al mundo* (Beck, 2002). Los *Estados vigilantes* se convierten en fortalezas de seguridad que tienen como único objetivo la seguridad, creen que obteniéndola obtienen los demás beneficios, provocando que haya una reacción de la ciudadanía que gobierna por democratizarlo. Efecto que sólo provoca un círculo vicioso imposible de romper. Más violencia, más vigilancia; más vigilancia, más violencia. Pero mientras el enemigo al que se le declaró la guerra no se muestre como tal, la vigilancia seguirá fracasando.

Las estrategias de vigilancia en tiempo real (o panóptica) implementadas durante la Guerra Fría, no son la mejor táctica ante el mundo actual. Los retos que el capitalis-

mo voraz, junto con un proceso de globalización que se preocupó por hacer más ricos a los que ya lo eran, inciden directamente en la seguridad internacional. Aeropuertos, embajadas, puertos marítimos, aduanas, entradas fronterizas. Espacios vulnerables en donde en cualquier momento puede ocurrir un ataque terrorista. Esos no-lugares, que Marc Augé puntualizó como parte de la *sobremodernidad*, es decir, espacios de constante tránsito internacional, centros quirúrgicos de los países y el comercio, ya no tienen elementos suficientes para detener un atentado. ¿De qué sirve saber la identidad de un hombre bomba que explota en un aeropuerto matando a decenas de personas? El reto primordial de la vigilancia es la anticipación. Si ese atentado no se puede detener antes de que ocurra, la vigilancia está en graves problemas. No importa la cantidad de cámaras que existan en un aeropuerto o el número de policías y guardias, pues sucede en cuestión de segundos. Anticipar, por lo tanto, es evitar que eso ocurra. Pero para llegar a ese punto tan preciso de vigilancia, se debe tener un manejo exacto de la información, y, sin duda, el lugar predilecto de circulación informativa es la Internet.

La cámara, símbolo de la vigilancia en tiempo real, no es capaz de llevar información con la prontitud necesaria como para detener un acto delictivo. Entonces, las cámaras se multiplican. Una ya no basta. Ahora son necesarias diez, o cien, incluso miles. Y los espacios estratégicos ya no son el único punto a cubrir, ahora los lugares menos pensados se convierten en espacios proclives a la vigilancia. Cualquier parque o calle puede ser cuna o tránsito de un crimen.

El espía, a diferencia de otros criminales, pertenecía a un país. La pregunta típica en las películas de suspenso “¿Quién te envió?”, parece no plantearse en una situación actual. El espía tiene el mismo peso que la cámara de video que graba a toda hora y en todo lugar. A estas cámaras se les reduce su tamaño con el objetivo de que sean imperceptibles, pero ahora el terror se presenta de una manera completamente diferente. El nuevo enemigo es un terrorista, incluso puede llegar a ser un ciudadano normal, harto de su vida, de su entorno, enfermo de la explotación, quien no carga con una insignia política, sino con un impulso personal. No basta vigilar a los hombres del Estado que intervienen en otros países, sino a los del mismo país. ¿Cuántas personas marginadas social y económicamente pueden ser los autores de estos atentados? Es un error pensar que los flancos enemigos de las grandes naciones bélicas y económicas son sólo esos terroristas fundamentalistas que atacan el metro o las embajadas. También es el obrero blanco: responsable, con principios morales bastante claros y una familia nuclear envidiable.

Después del ataque del 11 de septiembre de 2001 al World Trade Center, la administración Bush lanzó un programa en donde, en caso de que se detectara a un posible terrorista, se le podía denunciar anónimamente. La campaña tuvo mayor impacto en el sector laboral. El mensaje que se transmitió fue que si se sospechaba que algún compañero del trabajo podía ser un terrorista encubierto, se le delataría. Hoy las denuncias anónimas son el arma más confiable de seguridad. Es poner a miles de espías al servicio del Estado. La cámara es un objeto ridículo ante los millones de ojos y oídos que circulan por la ciudad. La figura del sujeto vigilante que Javier Roiz identifica con el surgimiento del Estado, sobrevive, y, de hecho, encuentra su gran impulso en este momento anticipatorio.

Pero para entender la dimensión de este efecto de anticipación, y la acción ciudadana por delatar al enemigo, práctica explicada al inicio de este trabajo, tenemos que reconocer al sujeto actual como enemigo/amigo. Por un lado, acepta ser testigo y protector, y, por otro, culpable y criminal. Si la cámara deja de tener un sentido práctico en la vigilancia, es porque el sujeto, ahora, se vigila así mismo. Cae inmerso en una lógica que desconoce pero que funciona.

Aquí volvemos a lo descrito al inicio sobre la relación de los sujetos con las tecnologías de información y comunicación y las propuestas que se hacen desde el mercado: ¿Cuántos de los usuarios de las grandes redes sociales en Internet, como *Facebook*, conocen con precisión los usos y términos de la página como para decidir cargar información privada (fotografías, intereses, números de teléfono, direcciones)? La información necesaria para la vigilancia anticipada circula libremente y no hubo ninguna reforma de ley que lo propiciara, sólo ese capitalismo que inventa, de acuerdo a Gilles Deleuze, territorios artificiales en donde inscribe a personas para luego recodificarlas (Deleuze, 2005).

Pensemos en esta pregunta que hace Žižek, entendiendo a Deleuze como el ideólogo del capitalismo tardío: “¿No es eminentemente deleuziana esta lógica donde no se encuentran ya personas interactuando, sino solo multiplicidad de intensidades, de cuerpos y sitios de goce, formando una máquina deseante colectiva/impersonal? (Žižek, 2004b: 12)”.

Seguramente porque ese otro, construido por tanto tiempo, ha terminado en ser un simple yo. El ciudadano común y corriente es empujado por diferentes flancos: por un lado, un mundo globalizado que lo margina; por otro, tecnologías y propuestas de mercado que lo orillan a desfigurarse.

A manera de conclusión

La complejidad de los diferentes fenómenos que se reúnen en este trabajo son atravesados por un fenómeno reciente que surge como una estrategia de vigilancia fijada en la anticipación. El viejo modelo que se basaba en la investigación en tiempo real, coronada durante la Guerra Fría con figuras del espía, los micrófonos ocultos y la cámara, son sustituidos por las denuncias ciudadanas, la captura de información vertida en la Internet por parte de los usuarios y la apuesta de las agencias de inteligencia por parte de los países.

Todo esto empujado por un mundo que se ve sometido a dos grandes fuerzas: por un lado, la globalización de las tecnologías, integrando las economías y los países en lógicas que buscan homogeneización. Por otro, el empuje de un mundo a la marginación que despierta, bajo la proposición que hace Fanon, a la violencia contestataria.

El resumen del trabajo, tal vez algo precipitado, es que las condiciones estructurales del mundo actual, desde el desarrollo de las tecnologías hasta las dinámicas de la globalización, se mueven bajo la lógica de las nuevas estrategias anticipatorias de la seguridad. Cabe mencionar que muchas de las nuevas tecnologías de información, como es la Internet, en específico las redes sociales, han permitido la gestación y organizaciones de movilidades, como es el caso de la primavera árabe, con ciertas reservas sobre la verdadera capacidad de movilidad de las tecnologías de información (Capital Madrid, 2012). Evgeny Morozov ve con incertidumbre que las redes sociales tengan una verdadera repercusión en las dinámicas políticas de los países (Morozov, 2011).

Pero para este trabajo y sus conclusiones, encontramos que las tecnologías de información y comunicación, más que ser el resultado de las estrategias de seguridad, encontramos un efecto contrario. Las prácticas de vigilancia aprovechan el uso de estas tecnologías y las dinámicas y relaciones de los usuarios con éstas, ubicándolas en el contexto de una brecha que se abre entre diferentes grupos sociales (desde clases, hasta países).

Bibliografía.

Libros.

Aguirre, M. (1995). *Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización*. España: Icaria Antrazyt.

Augé, M. (2004). *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*. España: Gedisa editorial.

Arednt, H. (1970). *Sobre la violencia*. México: Joaquín Mortiz.

- Barber, B. (2004). *El imperio del miedo. Guerra, terrorismo y democracia*. España: Paidós.
- Baudrillard, J. (2001). *El otro por sí mismo*. España: Anagrama.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo de cultura económica.
- Beck, U. (2002). *Sobre el terrorismo y la guerra*. España: Paidós.
- (2005). *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*. España: Paidós.
- Bensalah, M. (2006). Lo intercultural en acción, identidades y emancipaciones. En Revista CIDOB d'afers internacionals. CIDOB, Mayo-junio (pp. 73-74). España.
- Bilbeny, N. (2005). *La revolución en la ética. Hábitos y creencias en la sociedad digital*. España: Anagrama.
- Blanchot, M. (2005). *El libro por venir*. España: Editorial Trotta.
- Chartier, R. (2009). Del código al hipertexto, Entrevista con Roger Chartier. En Letras Libres, año XI, mayo, número 125 (pp. 67-69). México.
- Crovi Druetta, D. (2005). *El trabajo en la era de las redes*. En *Internet, columna vertebral de la sociedad de la información* (pp. 206-211). Instituto México: Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Estado de México.
- Deleuze, G. (2005). *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Argentina: Editorial Cactus.
- Duby, G. (1995). Año 1000, año 2000. *La huella de nuestros miedos*. Chile: Editorial Andrés Bello.
- Fanon, F. (1986). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2005). *Vigilar y castigar*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Inclán, F. (2008). Éste es otro artículo sobre saturación informativa. En *Replicante*. Vol. IV, No 16, México, agosto - octubre (p. 112). México.
- Lipovetsky, G. (2006). *La era del vacío*. España: Anagrama.
- Lucas, A. (2000). *La nueva sociedad de la información*. España: Editorial Trotta.
- Morozov, E. (2011). La revolución no será Twiteada. En *Revista* ñ. Argentina.
- Priego, E. (2006). La identidad como virtualización. En Verónica Murguía y Geney Beltrán Félix (Comp.), *El hacha puesta en la raíz*. Ensayistas mexicanos para el siglo XXI (pp. 43-49). México: Fondo Editorial Tierra Adentro.
- Roiz, J. (1996). *El gen democrático*. España: Editorial Trotta.
- Roudinesco, É. (2007). *Filósofos en la tormenta*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Sousa Santos, B. (2005). *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, España: Editorial Trotta.
- Sempere, P. (2008). *McLuhan en la era Google. Memorias y profecías de la Aldea Global*. España: Editorial Popular.
- Sennett, R. (2004). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. España: Anagrama.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidación como espectáculo*. México: Fondo de cultura económica.
- Singer, P. (2003). *Un solo mundo*. España: Paidós.
- Todorov, T. (2003). *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
- (2008). *El nuevo desorden mundial. Reflexiones de un europeo*. España: Quinteto Península.
- Trejo Delarbre, R. (2006). *Viviendo en el Aleph. La sociedad de la información y sus laberintos*, España: Gedisa.
- Vaidhyanathan, S. (2008). Naked in the Nonopticon. En *The Chronicle Review*. Sección B, Febrero 15 (pp. 7-11). Estados Unidos.
- Varela, J y Fernando Álvarez Uría, *Sujetos frágiles. Ensayos de sociología de la desviación*. España: Fondo de Cultura Económica.
- Whitaker, R. (1999). *El fin de la privacidad. Cómo la vigilancia total se está convirtiendo en realidad*. España: Paidós.

Zaid, G. (2009). *El secreto de la fama*. México: Lumen.

Zapata-Barrero, R., y Van Dijk, T. (Comp.). (2007). Discursos sobre la inmigración en España. Los medios de comunicación, los parlamentos y las administraciones (pp. 7-11). España: CIDOB.

Zizek, S. (2004a). *Amor sin piedad*. Hacia una política de la verdad. España: Editorial Síntesis.

-- (2004b). *La revolución blanda*. Argentina: Atuel Parusia.

Revistas.

Capital Madrid, La ciber-revolución y la primavera árabe, fenómenos muy limitados.

Quo, Internet te mata, No 155, Agosto, 2008, España.

Páginas electrónicas.

Índice sobre Desarrollo Humano: <http://hdr.undp.org/es/>

Consultada el 15 de julio de 2012.

Sistema de las Naciones Unidas sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio: <http://www.un.org/spanish/millenniumgoals/>

Consultada el día 15 de julio de 2012.